

NOVELA CINEMATOGRAFICA
**DEL
HOGAR** 20

30
CTS



PALEARA LA MAR
RAMON NOVARRO
EDICIONES BISTAGNE

**MUJERES
FRIVOLAS**



La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

AÑO I Francisco-María Bistagne N.º 20

Mujeres frívolas

(TRIFLING WOMEN 1922)

Cinedrama escrito y dirigido por

Rex Ingram

Intérpretes:

Bárbara la Marr (Zareña)

y Ramón Novarro (Iván)



Selecciones Capitolio
de

S. HUGUET


Provenza, 292

BARCELONA

PORTAL-ESPALD: MONTE BLUE

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA



Mujeres frívolas

Argumento de la película

A pesar de encontrarse situada a una hora de París, en la pequeña villa de Montville todo era tranquilidad, sosiego y recogimiento. Por eso indudablemente el notable novelista Constantino Bruncan habíala elegido para su residencia.

A su prestigio literario, el escritor iba a añadir otro indiscutible éxito con su última producción, titulada *Las orquídeas negras*, de asunto enérgico y profundo y, como la mayoría de sus obras, con acerta-

da moraleja. Otro valor tenía para el autor su nueva concepción: iba dedicada a su hija Jacqueline, linda niña de dieciocho mayos.

A Jacqueline le gustaba coquetear con todos los jovencitos de la vecindad, sin decidirse nunca por ninguno de ellos, para estar siempre rodeada de una corte de adoradores. En efecto, un verdadero desfile de galantes donceles tenía lugar en el jardín de su casita-torre todos los días.

Ese "sport" femenino no dejaba de tener sus inconvenientes, pues se había de armar muchas veces de una gran dosis de paciencia para aguantar la insulsez de estúpidos provincianos "bien".

De todos sus pretendientes, el que se hallaba más entusiasmado y el que, al parecer, contaba con más probabilidades de éxito, era Enrique Batiste... que no estaba dispuesto, naturalmente, a que otro cualquiera se le interpusiera en el camino hacia las escaleras del altar, cuya ascensión anhelaba efectuarla con la coqueta Jacqueline, a pesar de cómo las gastaba Enrique con los demás pretendientes que te-

nían la desgracia de que al llamar a la puerta del jardín les saliera a abrir él (pues hasta se las hubo un día con uno a puñetazo limpio... para que no le quedaran ganas de rondar en lo sucesivo la morada de la mujer que él sólo quería para sí), Jacqueline, decíamos, tuvo cierta tarde frases durísimas con Enrique, a quien censuraba su intromisión en sus asuntos. Jacqueline consideraba el flirt con una docena de enamorados, como un pasatiempo divertido como no conocía otro.

Reza un adagio: "Tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe." Enrique, resentido con Jacqueline, no pudo contenerse esta reconvención:

—¡Eres una veleta, una inconstante que has logrado hacerme odiosa la existencia! ¡Ahora mismo me voy a arrojar de cabeza al lago!

Esta vez Enrique no hacía comedia; debió de habérsele roto definitivamente el cántaro... de la paciencia, y, al parecer, se dirigía derechito hacia el blando lugar donde encontraría descanso eterno.

Al padre de Jacqueline, que había pre-

senziado ya antes de esta riña otra riñita entre su hija y Enrique, consiguiendo que se reconciliaran y, como suele ocurrir en



...consiguiendo que se reconciliaran...

estos casos, se quisieran más que antes, lo que no fué obstáculo para que volvieran a reñir, le supo mal que Jacqueline fuese tan frívola. En sus deseos de corregirla, con la mayor ternura la llamó, la hizo entrar a su despacho, y la dijo:

—Hija mía, para que veas a qué funestos extremos puede conducir la frivolidad de la mujer, y su fatal manía de jugar con el amor de los hombres, escucha la lectura de mi última novela *Las orquídeas negras*... Imagínate que tú eres Zareda, la vidente, y que Iván de Maupin, el héroe de mi novela, es tu novio Enrique.

* * *

Dentro de la redoma, Zareda, la célebre pitonisa, encontraba la clave de muchísimos problemas de vida pública y privada.

El orangután "Joe Martín" era el "niño mimado" de Zareda, y el contrahecho Achmet su hombre de confianza.

Una numerosa y distinguida clientela esperaba siempre turno para ser recibida por la famosa echadora de cartas.

La rígida norma seguida con todos los que iban a consultarla por un igual, era la consecuencia del poder mágico que Zareda había logrado sobre aquellos hasta cuyos

oídos llegó el eco de su fama. Esa rigidez queda demostrada citando la contestación que por orden de la pitonisa dió a un noble provisto de cartas de recomendación su criado Achmet:

—Tendrá usted que molestarse en volver otro día, caballero, porque madame Zareda tiene por costumbre no recibir a nadie que no haya solicitado previamente audiencia.

El baron de Maupin, un viejo licenciado, de esos que a los sesenta años creen que todas las mujeres se desviven por ellos, se componía ante el espejo que dócilmente guardaba el secreto de sus ridículas confidencias de dentadura postiza, peluca, tintes, perfumes, manicura, etc.

Para quedar convertido en un verdadero lechuguino, tan sólo le faltaba al barón de Maupin ponerse en el ojal de la solapa una orquídea, que era la flor preferida de Zareda, por quien el viejo noble alimentaba una pasión avasalladora, una especie de adoración en cuerpo y alma fuera de la cual no existía nada en el mundo que valiese la pena de ser vivido.

El joven y entusiasta Iván de Maupin, el hijo del barón, estaba reputado como el primer tirador de espada de París. Precisamente en el momento en que su padre se disponía a salir en dirección a la casa de la pitonisa, Iván se hallaba en una academia de esgrima y ponía a prueba su envidiable habilidad con el profesor mismo. Dos espectadores, oficiales superiores del ejército, se comunicaron acerca del joven barón:

—Se murmura que Iván es amigo íntimo de la adivina Zareda... ¡Cuando se entere su padre!

El temor de que el barón se enterase de la amistad de su hijo con Zareda era justificado por el conocimiento que tenían los citados oficiales del ridículo amor de aquél por la misma mujer.

En la consulta de la pitonisa donde la clientela era seleccionada, los honorarios elevados y la entrada difícil de obtener, el barón de Maupin halaba siempre franco el paso. Introducido como era de costumbre en el recinto donde Zareda recibía a sus clientes, aunque ella no estuviera en

él, como era el caso aquel día, el barón, dando algunos toques más a su engomado bigote mientras esperaba la aparición de la que era su tormento, vio unas flores, orquídeas de necesidad, sobre una mesita, con la correspondiente tarjeta del autor del obsequio, cuya lectura le puso colérico. No era para menos, pues constituía la revelación más asombrosa que imaginarse pudiera: ¡Su hijo, su Iván conocía a Zareda! El ramo de flores era suyo, y suya naturalmente la tarjeta en la que había escritas las siguientes palabras: "Con todo afecto."

Zareda salió a recibir al barón, interrumpiéndole en su meditación sobre el grave caso particular de su hijo.

Temiendo, a causa de su vejez, ser derrotado por la juventud en las lides amorosas, el barón de Maupin, a continuación de su vocabulario de halagos a la belleza de Zareda, y de haberle entregado un ramillete de orquídeas, como su propio hijo, se propuso equilibrar de una vez su situación con Zareda, dirigiéndola a tal objeto esta pregunta:

—Zareda, ¿cuándo va usted a decidirse a casarse conmigo y a abandonar para siempre su ingrato oficio de pitonisa?

—¿Le parece a usted ingrato?—repúsole ella—. ¡Pues si cuento entre mi clientela hasta testas coronadas!

La enigmática mujer dijo la verdad sin reparar en que el barón se había enojado al oír que otros clientes, de más alta nobleza que la suya, visitaban a Zareda. Sin energías bastantes para soportar las dos fuertes emociones recibidas, el barón fingió un súbito malestar y se despidió diciéndole:

—Perdóneme usted... volveré luego... Me siento algo indispueto.

Para Zareda no pasó inadvertida la emoción de su vejestorio pretendiente. Viéndole partir con pasos vacilantes, le tuvo lástima por un instante, una tan sólo, porque luego vino la indiferencia más humillante.

Pocos momentos después de haber salido su padre de la casa de la pitonisa, Iván, que se compuso debidamente antes de abandonar la academia de esgrima, para

ir a ver a Zareda, hizo su aparición ante ésta, que le esperaba con deseos de verle. Si ducho era Iván en el manejo de la espada, no se quedaba corto en las cuestiones del amor... Una flor en su ojal era un arma mucho más eficaz que un florete para ciertos encuentros. Y cada vez que visitaba a Zareda, su verdadero amor, no se olvidaba de este detalle de galanteador refinado y llevaba siempre puesta en el ojal una orquídea.

Iván representaba para Zareda su único amor desinteresado, teniendo el cual... y los otros, los que, pobres necios, se desprendían de parte de sus riquezas por complacerla, no podía soñar en mayor felicidad. Era quizás el contacto de la juventud apasionada de Iván con su sensibilidad de mujer joven también desprendida de afectos que le agradasen, tan dulcemente locos como el cariño de Iván, lo que había conseguido entregarle su corazón y con él su rostro, cubierto para todos los demás por mitad.

Esa entrevista, como las anteriores, tenía su mucho de sinceridad y significaba

para Zareda el único momento de olvido de las ridiculeces que por su profesión y singular belleza, había de soportar...

* * *

Al regresar Iván a su casa, su padre, el barón, que lo estuvo aguardando con nerviosidad inaguantable, tuvo con él esta plática que si bien al principio no pasaba de exigencia, al final se agrió de modo alarmante.

—Hijo mío, ha llegado hasta mis oídos el rumor de que frecuentas la casa de una mujer de dudosa reputación... de una vi-dente, llamada Zareda...

—¡Papá!... No hable usted así de esa mujer. ¡No puedo permitir que nadie hable de ella con tan poco respeto en mi presencia!

—¡Pues, a pesar de todo, te prohíbo que vuelvas a visitarla.

—Pero, papá...

—Si no te basta el ilustre nombre que

llevamos ambos, piensa entonces en las virtudes de tu santa madre.

—Papá, si usted conociera a Zareda, la amaría como yo... ¡Es la mujer más adorable, más bella y más atractiva de París! Esta tarde le llevaré a usted a su casa, para que la conozca y la juzgue por sí mismo.

—Yo... yo ir... Tú estás loco, completamente enajenado... ¡He dicho que te prohíbo volverla a ver, y si me desobedece ¡voto a todos los demonios! te acordarás de mí.

—Pero, si no la conoce usted, ¿por qué se muestra usted tan severo conmigo? Me trató ahora como nunca lo hizo...

Su exclamación fue vana, pues el viejo irascible no estaba ya en la habitación de la disputa.

El retrato de su madre colgado en la pared, hizo levantar la cabeza de Iván, quien, buscando consuelo, dijo a la mujer de santa expresión:

—¡Tú, madre mía, también la habrías amado de haberla conocido!

Fiel a su promesa, el barón volvió a

presentar sus respetos a Zareda aquel mismo día por la tarde. Redoblando sus protestas de amor hacia ella, y pidiéndola una contestación concreta, definitiva, el noble demostró que no hay nada tan ridículo como un viejo enamorado de una joven coqueta; y ésta, en atención al valioso regalo que le había hecho, le dió de nuevo esta contestación evasiva que, sin prometer nada, daba esperanzas a quien le satisfacía recogerlas:

—Estudiaré su ruego detenidamente, mi querido barón.

El barón, iluso como un cadete, no pudo contener su entusiasmo:

—¡Zareda, encantadora Zareda, si su respuesta es favorable, me consideraré el hombre más venturoso de la tierra!

La casualidad, causa de tantos males, hizo que Iván, que había penetrado en la casa de Zareda por la puerta de servicio, de la que tenía la llave, entregada por ella misma, presenciara la grotesca escena de la absurda pretensión de su padre que tan malamente se portara con él a causa de la mujer por quien se humilla-

ba tanto. Iván tuvo que imponer a su primer impulso de presentarse ante su padre y echarle en cara su comportamiento, el dique del respeto filial, y permaneció apostado detrás de un cortinaje.

Apenas salido el barón, Iván, cegado por el dolor de la revelación de la conducta de Zareda, la cogió por los brazos y la zarandeó brutalmente.

—¿No te da vergüenza escuchar a ese hombre, que no puede casi andar solo, que a pesar de ser mi padre...?

—Iván, no vituperes a tu padre... El sólo piensa en tu felicidad.

—Lo vi todo y me lo explico todo... No trates de engañarme...

—Me rogó que rompiese contigo... y hasta llegó a ofrecirme como compensación algo que realmente merecía la pena... Si yo hubiera accedido, me explicaría tu cólera; no siendo así...

—Sin embargo, volverá, porque tú le prometiste contestarle... ¿Acaso serías capaz de casarte con él?

—Pero, no seas criatura, ¿a quién se le ocurre tener celos de un viejo como tu

padre?... Iván, mirame, escudriña mi alma y ve si en ella quien reina no eres tú. ¡Ah, los hombres sois todos iguales! Sois torpes porque no sabéis siquiera domina-



—¿Acaso serías capaz de casarte con él?

ros, atacar las cosas con serenidad. ¿Y qué es lo que conseguiste con tu explosión de celos? Nada; sólo llenarme de pesar...

—¡Oh! Perdóname, Zareda, que el temor de perderte me hiciera dudar de ti

un instante... ¡No merezco que me quieras!...

—Sí, Iván exaltado, a los niños se les perdona siempre, para amarlos más todavía...

* * *

A los pocos días de haber surgido entre el barón y su hijo Iván la sombra de Zareda, que sería para ellos, desde entonces en adelante, motivo de continuas disputas, estalló la pavorosa guerra de 1914 que había de azotar al mundo entero durante cuatro años.

El barón de Maupin vió en este precipitado acontecimiento un medio seguro de alejar a su hijo de París, o lo que era igual, de Zareda...

No anduvo equivocado el barón, pues a la discreta insinuación que le hizo de que la patria reclamaba el concurso de todos sus hijos que se hallaban en estado de empuñar las armas, Iván tomó la determina-

ción de incorporarse voluntario en seguida.

Al objeto de que su hijo pudiera llevar a cabo sin demora su generoso ofrecimiento a la patria, el barón de Maupin buscó la ayuda de un amigo suyo, Coronel Roybert, Jefe de la Oficina de Reclutamiento, quien le contestó:

—Si Iván está conforme en incorporarse como soldado raso, provisionalmente, puede salir de París esta misma noche para el frente de combate.

Atado uno de los cabos del asunto de la partida inmediata de Iván, el barón, satisfecho de ello, se dirigió a la taberna del tío Tomate, conocida por "*La Bota de Vino*", célebre entre las gentes de fino paladar porque los caldos que encerraban los panzudos toneles del establecimiento eran realmente exquisitos.

En "*La Bota de Vino*" encontró el barón a su segundo amigo, el Marqués de Ferroni, ilustre diplomático, agregado a la Embajada de Italia. A él acudió con vistas a la solución definitiva de la marcha de Iván aquella misma tarde.

Como que en Francia, en aquellos efervescentes momentos de amor patrio, de admirable sacrificio, no se hablaba más que de la guerra, al barón le fué fácil desviar la conversación hacia el terreno que le convenía. Y le habló así al marqués:

—Marqués, las circunstancias me obligan a recurrir a procedimientos... tal vez no muy corrientes, pero... es preciso evitar a toda costa que mi hijo vea a Zareda antes de incorporarse a su regimiento. Ella se ha propuesto no dejarle salir de París, y yo, marqués, conozco a esa mujer y conozco a mi hijo, y... la verdad, prefiero que un Maupin sucumba, antes que faltar a sus deberes para con la Patria.

—¿Cómo puedo yo ayudarle?

—Le diré, marqués...

En este momento, Iván, ya vestido de militar, como soldado raso de infantería, mandó una carta a Zareda que no debía llegar a sus manos, interceptándola el chimpancé. El escrito de Iván decía:

Acabo de alistarme como soldado raso y partiré esta tarde a las cinco y media,

para el frente de combate. Una hora antes vendré a decirte adiós.

Te adora,

Iván

Zareda, que ignoraba todo cuanto se refería a la partida de Iván, hojeaba tranquilamente un periódico; en su lectura se detuvo, sorprendida, en este eco de sociedad:

El Marqués Guido Ferroni, primer Agregado de la Embajada de Italia, acaba de ver notablemente acrecentadas sus inmensas riquezas, pues al morir su esposa, le ha instituido heredero de sus cuantiosos bienes, entre los cuales se cuentan el soberbio Castillo de Magincourt, recientemente restaurado, y la "Torre de los Espectros".

Mientras Zareda releía con marcado interés el suelto en cuestión, el barón de Maupin, completamente complacido, agradeció muchísimo la amabilidad de su amigo, y le dijo levantándose de su silla para regresar a su casa con urgencia:

—Entonces, convenido, ¿no es verdad, marqués? ¡Bien hice en confiar en su amistad! Ahora, vamos a mi casa, mando llamar a Zareda, y mientras usted la entretiene, yo voy a cerciorarme de que Iván se marcha.

—Estamos de acuerdo.

Minutos después, Zareda recibió la carta siguiente:

Mi distinguida señora:

Mi amigo el marqués de Ferroni ha sufrido en mi casa un repentino ataque, del que aun no se ha repuesto, y, entusiasta partidario de sus procedimientos curativos, suplícole que venga a visitarle. A este fin, mi landó pasará a recogerla a las cuatro menos cuarto.

Su devoto admirador,

Armando de Maupin

Zareda recordó el nombre de Ferroni y, una vez más, sus enigmáticos y bellos ojos recorrieron las líneas que anunciaban las riquezas del marqués y, desde luego, aceptó, pues, el ruego que le hacía el barón,

satisfaciendo así sus deseos de conocer al multimillonario.

El barón, que estaba junto con el marqués en una habitación de su casa, esperando a Zareda, reconoció sus pisadas y previno a su amigo:

—Ahí está ya, marqués. ¡Pronto! Fínjase enfermo. ¡Dese prisa!... Así está bien... Gima usted un poco... No olvide usted que el tren en que partirá Iván no sale hasta las cinco y media; ¡de suerte que prolongue su padecimiento hasta esa hora lo menos!

Apenas había puesto un pie Zareda en la habitación del supuesto enfermo, cuando Iván, conforme lo decía en su carta dirigida poco antes a aquélla, volvía a casa de la pitonisa y se daba cuenta, después de la extrañeza de que Zareda hubiese salido sabiendo que debía despedirse de ella, de que el chimpancé habíase guardado la carta.

—¡Maldito chimpancé, qué gran daño me has hecho!—exclamó.

Luego, obligado a regresar al cuartel

sin demora, y apenado, le escribió esta carta a Zareda:

Zareda de mi vida: Mi carta cayó en manos del simio y no la recibiste. Mi regimiento marcha dentro de media hora. Y tengo que partir sin el dulce consuelo de tus besos... ¡Pide al Dios de la guerra que me deje volver a tus brazos!

Te idolatra tu

Iván

Una vez presentada Zareda al marqués de Ferroni, el barón de Maupin, pretextando que un asunto inaplazable le llamaba a otra parte, los dejó solos.

Atraído por la voz acariciadora y hábito suave de Zareda, el marqués de Ferroni, conocedor de la fama de que ella gozaba, apartóse inconscientemente de la ficción, comprometiéndose sin remedio. Zareda descubrió la farsa y en atención a las riquezas del apócrifo enfermo, puso de sí todo cuanto le fué posible para prenderle en sus redes caprichosas.

Apasionado como buen italiano, el marqués, con toda la diplomacia, fué vencido

por la diablesa, a quien llegó a hacer la corte.

—Señora, por favor, álcese el velo, que



—Señora, por favor, álcese el velo...

si tiene su rostro la nítida blancura de su mano, será el de una deidad...

Zareda sabía que obedecer equivaldría a que el marqués se arrojara a sus pies, pues se sabía bella.

Lo cierto fué que no esperaba alcanzar

tanto del marqués desde la primera entrevista, ya que éste, al verle el rostro incomparable, ahogó un grito de admiración en su garganta:

—¡Es la imagen querida de mi esposa! —dijo—. Y prosiguió—: Como usted puede ver por esta fotografía, aparte de que sus cabellos eran color de oro, y los de usted son negros como la endrina, es su vivo retrato. Diríase que Dios me la ha enviado a usted para mitigar el inmenso dolor que en mí produjo la pérdida de mi amada esposa.

—Me está usted confundiendo, marqués...

La conversación lanzada por el derrotado peligroso proseguía animadamente, mientras el barón de Maupin, (*supongamos* que por patriotismo) asistía al desfile de los soldados frente a la estación donde iban a embarcarse para las líneas avanzadas de combate. Y vió a su hijo entre aquéllos. Sus miradas se cruzaron, latieron sus pechos, y en un momento de lucidez en sus cerebros, el uno abrió los brazos y el otro se arrojó en ellos, y se abra-

zaron. El rencor desapareció en la despedida... quizás para siempre.

Pero aún se oía el eco lejano de las pisadas de los valientes defensores del suelo patrio, cuando el barón, despejando su espíritu, volvía a instalar en él al único ser que le estimulaba a vivir: Zareda; y regresó presto a su casa. Mas algo imprevisto le sorprendió de tal modo que tuvo que hacer inauditos esfuerzos para permanecer oculto detrás de la puerta de una habitación inmediata a la que ocupaban Zareda y el marqués, desde donde hubo de rendirse a la evidencia de que los planes más sagazmente discurridos fallan también, a veces: sus oídos recogieron de boca del amigo este inesperado final de la farsa:

—¿No es admirable el ver de qué sabia manera truoca la Providencia nuestros destinos? Hace unas horas, me consideraba yo el hombre más desgraciado del mundo... ¡y ahora no me cambio por nadie!

—Es usted muy exagerado... nunca me lo hubiera figurado así.

—Estaba triste, abatido. Propúsome el

barón una comedia, acepté por distraerme... ¡y en esta distracción hallé la dicha!

El barón de Maupin, con el propósito de que no se prolongase por más tiempo, en su propia casa, su situación, por supuesto, ridícula, tosió discretamente antes de reunirse con ellos...

El marqués de Ferroni no quiso ocultar al barón la verdad:

—Barón—díjole—, mi enfermedad era mental, sin duda. En cuanto entró su encantadora amiga, empecé a mejorar de un modo prodigioso... ¡y ahora soy otro hombre!

Herido en su amor propio por la mala pasada que le habían jugado, el barón supo todavía contenerse y ofreció con galantería su brazo a Zareda, quien le contestó, invariablemente mimosa:

—Gracias, barón, por sus generosos ofrecimientos, pero el marqués se ha brindado a acompañarme a casa...

Aquí, el barón palideció, pero se rehizo rápidamente y, aparentando una tranquilidad normal y la misma amabilidad de

siempre con su amigo el marqués, notificó a este último:

—El domingo a las ocho de la noche, doy una comida en "*La Bota de Vino*", en honor de Madame Zareda, y tendré sumo gusto en encontrarle entre mis comensales, mi querido marqués...

—Muchas gracias, barón... Acepto.

Aquella tarde el barón volvió a entrar en sus habitaciones hecho un verdadero basilisco.

* * *

En la tarde del domingo, el barón de Maupin, so pretexto de colocar un ramo de orquídeas en el sitio de Zareda, penetró en el comedor de "*La Bota de Vino*", y figurándose que nadie podía verle, echó unas plildorillas en el vaso destinado al marqués de Ferroni.

Todas las precauciones fueron vanas, porque el tío Tomate fué testigo de ello y supo sacar provecho de su secreto:

—Señor barón, mi silencio y mi complicidad valen mucho dinero.

Descubierto, el barón pagó espléndidamente al pájaro de cuenta del tabernero, que consintió de esta manera en ser sordo, mudo y ciego.

Sordo y ciego tal vez fuese el tío Tomate, pero mudo, no; porque la codicia desató su lengua. Y maneando hábilmente el nombre del marqués de Ferroni, consiguió abrirse paso hasta Zareda, a la que expuso el motivo de su visita, como avaro sediento de unas monedas de oro.

—¿Y qué es lo que hizo entonces el barón?—preguntó Zareda al tabernero.

—Yo se lo diría a usted de buena gana, pero es el caso que el barón de Maupin me prometió darme mucho dinero si callaba el secreto del inmenso peligro que amenaza al marqués... y usted comprenderá que si lo revelo de balde haré muy mal negocio...

—¡Ah! Queréis dinero... Tomad y sedme franco... Estoy segura de que el barón no os daría la suma que yo os entrego...

—Pues bien, el señor barón depositó no

sé qué número de pildoritas redondas dentro del vaso del marqués de Ferroni.

—Gracias, buen hombre...

Pródigamente retribuido por Zareda, el tabernero marchóse de su casa saltando de gozo por dentro y esquivando posibles responsabilidades sobre lo que podía ocurrir, con la siguiente exclamación:

—¡Conste que yo no sé nada, ni he visto nada, ni he dicho nada!

El tío Tomate era un tío vivo.

Antes del banquete, el orangután, sabiamente dirigido, cambió de lugar las copas del marqués y del barón, respectivamente, resultando que la copa preparada por el barón le había caído en suerte a sí mismo sin que él sospechara lo más mínimo.

El resultado de la fiesta del barón fue desagradable para él... pues cuando ya en el cielo iban resplandeciendo los primeros fulgores de la aurora, el cuerpo del vejstorio enamorado había dejado de existir, y su muerte se atribuyó a un exceso en sus libaciones de la víspera...

El secreto de esta muerte no lo sabría nunca el marqués de Ferroni...

* * *

Entretanto, en el frente de combate, Iván hacia la vida ruda y calamitosa del soldado.

Continuamente pedía Iván al cielo que Zareda fuera su ángel tutelar.

Y cada día a la hora del reparto del correo, con febriles deseos de saber de la mujer que era toda su vida, preguntaba:

—¿Hay algo?

Cierto día, acudiendo como de costumbre al reparto del correo, le fué entregada una carta, que no era de Zareda, por lo que preguntó como siempre, extrañado de tardar tanto en recibir noticias de Zareda:

—¿No hay ninguna otra carta para mí?
¿Está usted bien seguro?

Y como que las cartas, a pesar de la buena voluntad de un cartero de regimiento, no se inventan, Iván tuvo que conformarse con la que recibió del notario de la familia, en la que le decía lo que sigue:

Tenemos el sentimiento de manifestarle que su señor padre falleció el domingo 9 de agosto último, a consecuencia de haber



Continuamente pedia Iván al cielo que Zareda fuera su ángel tutelar.

Ingerido una dosis excesiva de una droga que acostumbraba tomar como estimulante del corazón...

Dominando la natural emoción que le

produjo la noticia de la muerte de su padre, Iván fué al encuentro del oficial de su compañía, que era precisamente el profesor de la academia de esgrima de París, y ambos tuvieron esta conversación:

—Desearía una licencia para ir a poner en regla mis asuntos... Esta carta trae dos meses de retraso.

—Lo siento, querido amigo, mas no hay que pensar en licencias por ahora. Si quiere usted mejorar de situación y tener más facilidades, he aquí un salvo-conduto para que se traslade a la Academia de Artillería, en donde puede usted optar el grado de oficial.

—Gracias... partiré en seguida...

Después de un año de oír constantemente el silbido estridente de las balas y el estallido ronco de los *shrapnells*, sin escuchar jamás la seductora voz de una mujer, Iván, obtenido el grado de oficial, llegó a París, ansioso de saber noticias de su amada.

Después de haber buscado inútilmente a Zareda, Iván vio a Achmet, el fiel criado de ésta, quien, despedido cuando la pl-

tonista renunció a su oficio, le puso al corriente de los acontecimientos ocurridos y que atañían únicamente a su antigua dueña, es decir, que se había casado con el marqués de Ferroni y que vivían en el suntuoso castillo de Magincourt, distante de París 50 kilómetros.

Zareda, indispensable es que lo digamos, pensaba en Iván y deseaba verlo. Se sentía culpable de no haber contestado sus apasionadas cartas y no sabía cómo redactarle unas cuantas rayas pidiéndole perdón y asegurándole que él era el único hombre que ella amaba de verdad, sin otro interés que el del amor mismo.

Iván, desesperado por lo que supo por Achmet y resistiéndose a creer que fuese posible que Zareda le hubiese olvidado, no tardó en alcanzarla en el jardín del castillo.

Zareda, interiormente intensamente satisfecha del regreso de Iván, pero considerando que su presencia era comprometedor, trató de persuadirle de que se marchase. Mas Iván, casi llorando de rabia y de celos, le pedía:

—¡Por el amor de Dios, habla, Zareda! ¡Defiéndete, si puedes! ¡Justifícate!... ¿Por qué no me has escrito?... ¿Por qué te has casado con ese hombre?...

—Por lo que más quieras, Iván, por mí, vete...

—¡Antes que el nuevo sol toque a su ocaso, mataré a tu marido!

—¡Iván de mi vida, jamás he amado ni podré amar a otro hombre más que a ti!... Márchate, que yo me encargo de arreglar este asunto... ¡Confía en mí!

—¿Y serás mía, Zareda?

—¿Quién sabe?... Si me ayudas...

—¡Oh, Zareda! Mi vida es tuya...

Y aquella astuta mujer, que carecía de entrañas y de sentimientos, concibió un plan criminal, que puso en seguida en práctica... Hacer que su marido se batiese con Iván equivalía a asesinarlo legalmente.

Para provocar el duelo, Zareda desabrochóse el escote de su vestido hasta los hombros, y fingió una fuerte excitación de nervios cuando vió llegar hacia ella a su marido. El marqués, alarmado por el estado de su esposa, le preguntó:

—¿Qué ocurre, amor mío? ¿Qué significa todo esto? ¡Habla!...

—¡Por Dios, esposo mío, no me obligues a revelarte toda la verdad!...—hinció la veleidosa mujer—. ¡Créeme... te lo pido por tu bien!

—¡Oh, nunca! Te exijo que me lo digas todo...

—Iván de Maupin ha venido... ¡y ha tratado, el muy vil, de atropellarme!

—¿Iván de Maupin? ¿Se ha atrevido a volver?...

—¡Por favor, querido mío! Prométeme que no te batirás con él... Bien sabes que está reputado como el mejor tirador de espada de París.

El plan de Zareda le salió bien, pues al poco rato el ofendido marqués de Ferrouni envió sus padrinos a Iván de Maupin y éste, más tarde, los suyos al marqués, concertándose el duelo para el día siguiente.

Al caer la tarde Zareda sorprendió a su esposo redactando su testamento por el cual le legaba 3 millones de francos en metálico... Friamente, impasible ante su

nueva probable víctima, Zareda dijo a su marido, acariciándole los cabellos.

—Pero Guido, ¿por qué haces esto?



...y éste, más tarde, los suyos al marqués...

—Es una garantía para ti, por si el encuentro de mañana tuviese un resultado distinto del que ambos deseamos...

Bailándole ya los tres millones de francos en la mente entre apariciones constan-

tes del rostro de Iván, Zareda sonrióse y le mandó este lema de combate a su amado:

—*¡Mientras vive el amor, hay esperanzas!*

* * *

Al día siguiente. En el campo del honor los rivales cruzaron sus espadas vengadoras.

Zareda, cuyo corazón ardiente y enamorado se batía en una terrible ansiedad, asistió al duelo, escondida detrás de unos arbustos.

Respondiendo a su merecida fama, Iván, en uno de los ataques, asestó un golpe en pleno corazón del adversario, que rodó al suelo.

El herido, sintiéndose morir, murmuró:

—Que avisen... a mi esposa... idolatrada...

Pero al mismo tiempo, el doctor, reconociéndole, emitió su parecer:

—¡Poco, muy poco, desgraciadamente, puede hacer el médico! La hemorragia es interna y la herida mortal.

Iván se iba a marchar con sus amigos, cuando uno de ellos, el último en reunirse con él, le notificó:

—[El marqués está herido mortalmente.]

Al oír esto, Zareda salió de su escondite y arrojándose al cuello de Iván, exclamó con entusiasmo indescriptible:

—¡Iván!... ¡Iván de mi vida!... ¡Por fin!... ¡Por fin mío!...

Fuertemente enlazados y ante el mayor asombro de los mismos testigos de Iván y de todos los demás del bando adversario, incluso el herido, al que fué milagro que el desengaño no le diese el golpe de gracia, se alejaron Iván y Zareda.

El marqués de Ferroni, haciendo un supremo esfuerzo, inquirió del doctor:

—¡Doctor!... ¿Cuánto tiempo me quedará de vida?

—Su fin, marqués, es cuestión de algunas horas.

—¡Necesito vivir hasta mañana a la no-

che... y por Dios que viviré! Mi honor ha sido ultrajado... Tengo un deber sagrado que cumplir... una venganza que llevar a cabo... ayúdeme usted, doctor...

Existe una fuerza de espíritu que galvaniza los poderes del cuerpo y llega hasta suspender por algunas horas la obra destructora de la muerte. Y entre los supremos recursos de la ciencia aplicada a la sueroterapia moderna y el avasallador esfuerzo de la férrea voluntad del marqués, logróse mantenerle con todas sus energías el tiempo necesario para realizar su venganza.

El marqués ordenó que simularan su entierro con gran pompa y ornato, pues dentro del lujoso ataúd sólo brían unas piedras.

Zareda cayó en la trampa, y con Iván llevó a la tumba de su esposo un último tributo donde se condensaba el espíritu frívolo de su vida: una corona de orquídeas negras.

Al marcharse del panteón, el marqués llegó a él y descolgó la corona depositada por Zareda, llevándosela consigo; y con-

templando a la traidora mujer, le lanzó esta amenaza:

—¡Infame! ¡Mi venganza ha de ser tan feroz como tu crimen!



...y con Iván llevó a la tumba de su esposo...

En su testamento, el marqués había hecho añadir una nueva cláusula diciendo que para poder entrar en posesión de sus bienes era preciso que al atardecer del día

de su entierro, Zareda visitara la "*Torre de los Espectros*", una de las propiedades que le legaba...

Zareda, al oír de labios del notario esta extraña condición, se mostró recelosa y consultó como de costumbre la mágica "*redoma*" que le reproducía siempre la visión de lo que iba a sucederle... pero esta vez solamente le reflejó las escenas hasta el umbral de la puerta de entrada...

—¿Qué pasará una vez dentro? ¡Bah! ¿Qué puede suceder?—se dijo la hechicera—. El, muerto... y lo de los espectros son cuentos de niños... y no voy a perder la cuantiosa herencia por un miedo infundado...

Así, pues, contestó al notario:

—Está bien; cumpliré lo dispuesto en esa cláusula.

Seguidamente escribió a Iván, citándole para la puesta de sol, en la solitaria Torre, donde se disponía a pasar con él una deliciosa noche de amor.

* * *

Apasionadamente enamorados el uno del otro, Zareda e Iván entraron sin nin-



...se les apareció el marqués.

gún temor en la Torre y cuando más ajenos estaban a cuanto les rodeaba, se les apareció el marqués. Llena de pavor, Zareda imploró el perdón del aparecido.

Iván intentó abalanzarse sobre su rival que por serlo lo odiaba, pero fué derribado en tierra por un certero disparo de revólver.

Luego el marqués encerró a Zareda en una lúgubre prisión de los bajos del castillo y le arrojó después el cuerpo inánime de Iván. Un grito desgarrador, síntoma de una locura aterradora, escapóse del pecho de Zareda...

Para completar su venganza, el marqués colocó sobre la puerta de la tumba de los culpables, la corona de orquídeas que la esposa criminal le había dedicado...

Y fatalmente agotadas sus sobrenaturales energías, desplomóse, sin vida, el vengativo marqués...

* * *

Al terminar de leer las terroríficas escenas finales de la historia escrita por su padre, Jacqueline, horrorizada se abrazó al cuello de su padre, y, arrepentida de su proceder, al pensar que pudiera acarrearle análogas consecuencias, corrió presurosa en busca de Enrique, que a su vez

había desistido de la idea del suicidio, a la vista de una pareja enamorada cerca del lago donde él iba a poner fin a su existencia.

Así como se vieron, se abrazaron como movidos por un mismo resorte.

—¡Enrique!

—¡Jacqueline!

—¡Enrique! ¡Amor mío! ¡Alma mía!

—¿Me quieres?

—¡Nunca más te daré celos!

* * *

¡Ay, qué dulce era, para Jacqueline, abrazando a Enrique, convencerse de que lo de la tragedia de Zareda y de Iván no había sido más que un cuento!

F I N

Ha sido revisada por la censura

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbañá, 16; Madrid: Cailón, 1

La Novela Cinematográfica del Hogar

aparece los sábados y sólo publica
asuntos de buen gusto

- Número 1: Puertas cerradas, por Virginia Valli. — Postal-bicolor: JANET GAYNOR
Número 2: Madre pecadora, por Irene Rich. — Postal-bicolor: CHARLES FARRELL
Número 3: Estrella simbólica, por George O'Brien y Sue Carol. — Postal-bicolor: MARY DUNCAN
Número 4: La Lasa del Pasado, por Donald Keith y Helen Foster. — Postal-bicolor: EDMUND LOWE
Número 5: La mujer de Satanás, por Marcela Albani y Jack Trevor. — Postal-bicolor: POLA NEGRI
Número 6: Jimmy, el misterioso, por William Haines y Lella Hyams. — Postal-bicolor: MAURICE CHEVALIER
Número 7: Nueva mujer, nueva vida, por Dorothy Sebastian, Pat O'Malley y Harry Murray. — Postal-bicolor: RUSSETTE COMPTON
Número 8: Amanecer, por George O'Brien y Janet Gaynor. — Postal-bicolor: CHARLES MORTON
Número 9: Tras la cortina, por Lois Moran, Warner Baxter, etc. — Postal-bicolor: FAY WRAY
Número 10: Los misterios de Londres (La divina pecadora), por Anita Stewart, Creighton Hale y Francis Ford. — Postal-bicolor: DAVID ROLLINS
Número 11: En la viciosa Arizona, por Warner Baxter, Dorothy Burgess y Edmund Lowe. — Postal-bicolor: MARY PICKFORD
Número 12: Honrarás a tu madre, por Mary Carr. — Postal-bicolor: GARY COOPER
Número 13: Nobleza batallas, por Ina Alcuazere. — Postal-bicolor: GRETA GARBO
Número 14: Su Majestad El Amor, por Harry Liedtke, Edna Gray. — Postal-bicolor: JOHN MAC BROWN
Número 15: Amor alatestro, por Rente Adoré, Thomas Meighan, etc. — Postal-bicolor: ESTHER RALSTON
Número 16: Eugenia Grandet, por Rodolfo Valentino y Alice Terry. — Postal-bicolor: NEIL HAMILTON
Número 17: Ana contra el mundo, por Shirley Mason y Jack Mower. — Postal-bicolor: LELLA HYAMS
Número 18: La hermana blanca, por Lillian Gish y Ronald Colman. — Postal-bicolor: RAMÓN NOVARRO
Número 19: De mujer a mujer, por Betty Compson y Olive Brook. — Postal-bicolor: ANITA PAGE

Ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Gran éxito de la emocionante novela

Las dos huérfanas

por LILLIAN Y DOROTHY GISH

que acaba de aparecer.

Ya se ha puesto a la venta

La canción de la estepa

por LAWRENCE TIBBETT

¡Siempre lo mejor!



**El miércoles día 17,
aparecerá la novísima
colección popular**

NOVELA TEATRAL

en la que aparecerán
noveladas, las más
famosas obras teatrales

Primer número:

El proceso de Mary Dugan

**Presentación inmejorable
Ilustraciones en el texto**

Precio: **30 cts.**

Se admiten suscripciones



Ediciones BISTAGNE

Passeig de la Pau, 10 bis

Teléfono 15551

BARCELONA